# *Lo que papá nos dejó*

*Autora*

***Alexandra Sumska Kolesnyk***

*Accésit*

*Categoría B* • 19-30 AÑOS

2021

*Autora*

**Alexandra Sumska Kolesnyk**

***Madrid, 1996***

# LO QUE PAPÁ NOS DEJÓ

*Alexandra Sumska Kolesnyk*

Decidimos vender la casa de papá, aunque yo protestara porque consideraba ese sitio mi más nítido recuerdo de la infancia, también el más nítido recuerdo de mi padre. Tras varios meses de disputas con mi hermana que no se cansaba de hablarme de que esta era una oportunidad de oro, que su amiga trabajaba en una agencia que iba a encontrarnos compradores enseguida, que es lo que papá y mamá hubieran querido, que dejara de ser tan cabezota, accedí.

Claro que primero tuvimos que vaciarla. Puesta a punto como dijeron los de la inmobiliaria.

Tardamos cuarenta y ocho días en revisar todas sus cosas. Lo sé porque los conté. Durante esos días, dividimos todos los objetos en cuatro montones:

Quedar.

Vender.

Regalar.

Tirar.

Lo más abundante, desde luego, eran los libros. Papá era un gran lector. No cocinó un solo día de su vida, pero los libros de recetas (cocina peruana, el Larousse gastronómico, Postres Para

Impresionar) se amontonaban en los armarios del comedor amarillos y polvorientos.

También encontramos manuales de pesca y bricolaje. Incluso había un claro interés por los grandes clásicos de Pérez Galdós, Cervantes y Pardo Bazán, viendo los tomos apilados junto a su escritorio con el lomo craquelado.

—¿No será este el momento idóneo para que leas los Pazos de Ulloa? —le pregunté a mi hermana medio en broma.

Como respuesta, me fulminó con la mirada.

Para regalar.

Mientras yo examinaba cada artefacto, cada recuerdo de la existencia de mi padre en este mundo con el cuidado de un arqueólogo; mi hermana hacía su trabajo metódicamente como una máquina. Su boca se arrugaba en un mohín disgustado, como si aquello fuese nada más que un trabajo rutinario que una quería terminar cuanto antes.

En el trastero, yacían los testimonios de unos hobbies pasajeros. Un par de esquís que me hicieron sonreír recordando nuestro único viaje a Javalambre, nuestra madre embadurnándonos la cara con protección solar, papá cayéndose del telesilla y maldiciendo el viaje, la nieve, los esquís, las malditas aficiones de pijos.

Un lienzo. Botes apenas usados de pinturas acrílicas. Una regadera de plástico. Para vender.

Vaciamos todos los rincones de los tesoros de papá. Un juego de tazas reparadas con la técnica kintsugi, una compra que hicieron en su viaje de novios a Japón, acumulando polvo y telarañas en las estanterías del salón, al lado de la televisión. Tres cubos llenos de un surtido de clavos, tuercas y tornillos que se oxidaban en el desván junto con una caja de herramientas la mayoría de las cuales no sabría nombrar. Siempre que se rompía algo de la casa, se enfadaba si nuestra madre llamaba a un profesional, así que apareció un buen día cargado con materiales de bricolaje dispuesto a ser el manitas de la casa. Pero tuvo que abandonarlo debido a que cuando intentó

arreglar la cañería atascada del fregadero de la cocina armó tal estropicio que nuestra le prohibió terminante volver a coger unos alicates.

Para vender. Para tirar.

Una guitarra española apareció detrás de la bolsa de la colada. Y no muy lejos, debajo de una pila de revistas de antiguos números de la National Geographic (papá solía leérnolas cuando éramos pequeñas, decía que era mucho más útil para nuestro desarrollo conocer todas las especies de elasmobranquios que habitaban en el Mediterráneo antes que escuchar las chuminadas infantiloides que nos quería leer nuestra madre) apareció un cuaderno de partituras para principiantes.

—Basura —sentenció mi hermana.

—¿Por qué? Podíamos venderla.

—Por favor, si se la compró a unos gitanos en el rastro —contestó con desprecio quitándome el instrumento de las manos.

Esa guitarra con ese cuaderno fueron el regalo por su decimoquinto cumpleaños. Papá se la entregó tímidamente envuelta en papel de regalo brillante.

—Para que puedas ensayar en casa también.

—¡Dios mío, papá, toco el piano! ¡No te enteras de nada!

Mi hermana había asistido al conservatorio de piano durante gran parte de la adolescencia. Estaba bajo un régimen de hierro impuesto por ella misma: dormía ocho horas, alternaba su estudio de las materias con el ensayo musical, trotaba durante una hora por nuestro barrio para despejar la mente y no permitía que nada ni nadie la distrajese. El día en el que papá se confundió de instrumento yo vi cómo su cara se ponía roja, su mandíbula se apretaba, sus manos se tensaban. Tanto sacrificio, tanta dedicación, tanto trabajo para que su propio padre no supiera qué instrumento tocaba su hija.

Claro que no sólo era eso. Papá nunca parecía demasiado impresionado por mi hermana, que estaba acostumbrada a recibir elogios por su increíble fuerza de voluntad y su esfuerzo. Mientras cualquiera de sus logros le henchía el pecho de orgullo a nuestra

madre, él se limitaba a sonreírle de lado y a darle un par de palmaditas en la cabeza, casi distraído, como si ella fuese alguien ordinario.

Siendo la mayor, se fue de casa primero para estudiar en la universidad. No sé qué fue, pero papá empezó a desaparecer, a volver tarde a casa, a encerrarse en su despacho. Si antes hablaba poco, ahora podía pasarse días enteros sin dirigirnos la palabra. De repente, nos encontramos conviviendo con un fantasma.

Para regalar.

—Eh, mira. —Mi hermana apareció con una caja de material deportivo: una esterilla, un bloque para la espalda, mallas, unas pesas. —Esto es de ella.

Aquella caja había permanecido a nuestra madre. Cuando la ausencia de papá cada vez se hacía más insoportable, le aconsejé que se apuntara a yoga. Ese mismo año, yo también empecé la universidad y tuve que irme a vivir con mi hermana, por lo que ambas volvimos a casa por las vacaciones navideñas. Nuestra madre, que siempre había sido una mujer muy pragmática, anunció que se iba a divorciar de papá. El día de después de Navidad. Agregó que estaba cansada, que se había pasado toda la vida cuidando a otros y se había olvidado de ella misma, que necesitaba irse del país, que ya éramos todos mayorcitos y sabríamos arreglárnoslas sin ella. Siempre había sido muy dramática.

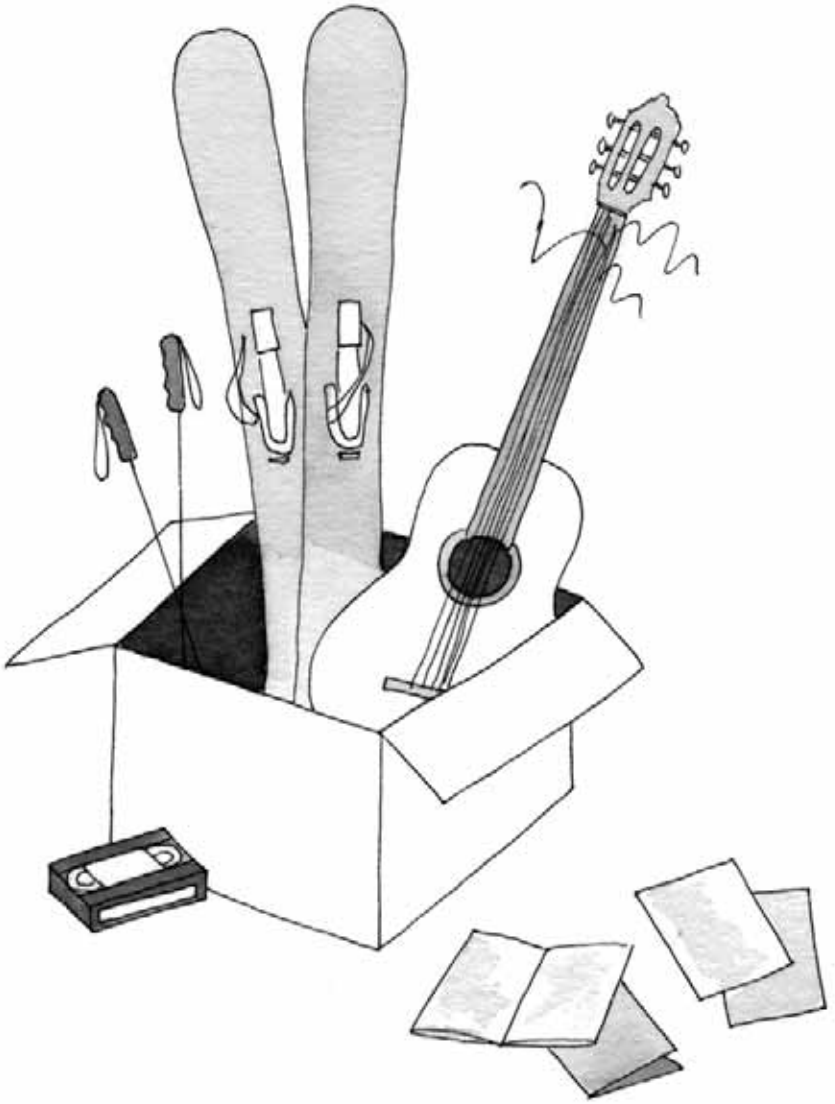
—Mamá, no tienes que creerte todo lo que lees en los libros de autoayuda —espetó mi hermana.

Papá no dijo nada. Estaba allí en silencio como un mueble más. Quise darle un empellón tan viejo y tan inservible que me parecía.

Como nadie la tomó en serio, la mañana que amanecimos con los armarios vaciados, la compra hecha y nuestra madre fuera de casa, nos dejó un sabor agrio en el fondo de la garganta.

Nos dijimos que aquella huida se había producido debido al yoga, el ayurveda, un arranque de ansia de autodescubrimiento en una mujer prejubilada que le duraría poco y más pronto que tarde estaría de vuelta.

Bien, pues, no volvió ni siquiera para el funeral de papá. La verdad es que creo que ella lo enterró antes que nosotras.



Yo recogí la habitación de papá. Mi hermana no quiso ni pisarla y no la culpé. Ventilé y ventilé, pero seguía teniendo la sensación de que aún había restos de enfermedad agarrándose a las sábanas, a las cortinas, a mi piel. Tazas de café, calcetines desparejados, macetas con plantas muertas. Todo para tirar. Encontré el Estrangulador de Montalbán debajo de su almohada, abierto, boca abajo. Sentí los ojos escocer.

Estas acciones interrumpidas como un libro expectante de que alguien prosiguiera con su lectura, no ponen un punto y aparte. Nosotras, las que nos quedamos, tenemos que vivir con que una vida acabó en mitad de una frase.

Quizá yo tengo que hacer las paces con el hecho de que papá se quedó solo. Sin mamá. Sin nosotras. Lo puedo imaginar viéndose en una casa a la que siempre llamamos ratonera, que de repente adquiría dimensiones descomunales, encogido, sin voz, como un animalillo abandonado, sin que nadie haga de su casa una casa.

Puedo decirme que era lo que quería, que le dejasen en paz con sus libros y sus hobbies a medio terminar, pero no puedo convencerme de que esa sea la verdad.

—¿Qué quieres hacer con esto? —Mi hermana sostenía nuestra colección de VHS de los veranos que pasamos en la Manga.

—¿Tú no los quieres? Hay formas de digitalizar…

—No, gracias.

La llamaron a ella primero cuando lo ingresaron. Era la mayor. Condujo con aplomo en mitad de la noche y con el mismo aplomo pasó la noche en la sala de espera. Me llamó a mí cuando por fin le dejaron verle. Yo estaba ahogada de exámenes finales, trabajos y estrés universitario.

—Se ha puesto malo.

El corazón se me desprendió hasta los pies.

—Pero está bien, estoy aquí. Dicen que no tardarán en darle el alta, así que no te preocupes, lo llevaré a casa.

Compré el billete de vuelta a casa, escribí correos a los profesores explicando mi situación familiar, aseguré a todos mis amigos que no se trataba de nada grave.

En el trayecto de ida, mientras el paisaje iba sucediéndose delante de mí como pintura derramada, mi teléfono vibró:

—Ha muerto —intentó decirlo lo más rápido posible y, mientras lo decía, no fue más que una niña.

Todo lo que queda de papá está empaquetado, envuelto, organizado. La luz del atardecer rebota contra las paredes vacías y las superficies limpias de polvo como si nadie hubiese vivido aquí, en esta casa donde habíamos dado nuestros primeros, nos habían llevado a caballito, habíamos encontrado tantos buenos rincones para jugar al escondite.

—Igual deberíamos quedarnos con algo. Vamos a deshacernos de todas sus cosas.

—Si tú quieres, adelante.

No deja de mirar el móvil porque el camión de las mudanzas se está retrasando.

—Lo siento mucho. Siento mucho todo esto —murmuro.

La veo coger aire y guardarse el teléfono en el bolsillo. Da un paso hacia mí y su rostro tiene la expresión suavizada, casi de ternura. Me envuelve con sus brazos, así que apoyo la cabeza en el hueco entre su cabeza y su cuello y permanecemos así durante varios instantes hasta que noto una pequeña convulsión en sus hombros. Como si estuviera sollozando.

Se aparta rápidamente y su rostro vuelve a ser el de siempre, duro y afilado.

El camión no tarda en llegar y unos hombres vestidos con mono de trabajo se llevan las cajas.

—Te llamarán de la agencia, ¿vale? Hay que firmar la compraventa aún.

Se está sacando las llaves del coche del bolsillo.

—¿Quieres que te acerque?

—No, me daré un paseo.

Se encoge de hombros encaminándose hacia su coche. Se monta, enciende el motor del vehículo y arranca. La veo alejarse hasta que no es más que un borrón oscuro en el horizonte.

—Bueno, nos vemos —me digo para mí misma.